

zon conocida de haber quedado inéditos los trabajos de Higuera¹.

Entre los códices con que la diligencia de don Juan Bautista Perez enriqueció la biblioteca de la catedral de Toledo, habia uno de letra gótica, adquirido al fallecimiento del literato Miguel Ruiz de Azagra, que, entre otras cosas, contenia cuatro epita-fios de la reina Constanza, mujer de Alfonso VI, por un poeta de nombre Alon. Conocia Román de la Higuera el códice, y se apoderó del nombre de este gramático desconocido para hacerle en el Ju-

¹ Es digno de notarse que el primero que en impreso señaló como supositicio el Dextro fué un jesuita. El P. Fernando Chirinos de Salazar, en su libro *Pro immaculata Deiparæ virginis Conceptione defensio*, estampado en Alcalá en 1618 (un tomo en folio mayor), esto es, un año antes de que se publicara el Dextro, dice, hablando de la antigüedad de la fiesta de la Concepcion: «Quid ergo de superioribus testimoniis tandem ferendum erit? Imprimis illa duo testimonia ex Flavio Dextro, et ex Paulo Orosio petita aliquis parum credulus facile abnegaret, et supposititia esse diceret..... Ea verò, quæ de Flavio circumferuntur, ipsa etiam stili gracilitate novitatem præ se ferunt, et hactenus in schedis, et in chartis habentur.» (Cap. xxxv.)

Unas palabras de este autor rectifican el error de que Higuera falleció en 1624. Era ya muerto en 1618 cuando se imprimió este libro, como bien claramente lo demuestra la siguiente referencia: «Hujus autem exemplaris excepta fragmenta ad eruditum quendam nostræ societatis virum Hieronimum de Higuera (cujus locupletem rerum Hispanicarum historiam, quam jam texebat fatum nobis invidit) è Germania adducta dicunt gravioribus testimoniis munita, quæ hodie in domo nostra Toletana, ubi Hieronymus obiit diem, abservantur, et leguntur.»

lian Perez una vida de fantasía. Denomínale Aulus Halo, le da por patria Burdeos, trájole de Francia la reina Constanza, Alfonso VII le avecindó en Toledo y le donó la villa que de su nombre se llamó Villalon; escribió en elegantísimos versos la venida de Santiago y fundacion del Pilar; las vidas de los arzobispos toledanos, comenzando por san Elpidio; la coronacion del mismo Alfonso; muchas composiciones que dedicó al arzobispo don Bernardo; y siendo ya anciano, cantó, en presencia de muchos prelados y palacianos, el panegírico de aquel rey, imitando los de Sidonio Apolinar. Murió el mismo año en que Julian escribia estas noticias, que terminan con un epitafio de catorce dísticos en su honor. Nadie paró mientes en este poeta cesáreo, que caía de las estrellas, hasta que años despues un don Juan Tamayo de Salazar salió clamando que habia descubierto el poema de Santiago y el Pilar, con otras poesías de Halo. Era este Tamayo tan terrible partidario de los cronicones como su homónimo el de Vargas, infelicísimo latino, creyéndose todo lo contrario, áulico de Ramirez de Prado, supersticioso, embustero y tan humilde familiar del obispo de Plasencia, inquisidor general, como arrogante denostador de los escritores que no eran de su opinion, siquiera se llamaran Baronio ó Bollandó. Dióle principalmente nombre un martirologio, hecho en el modo de los cronicones, esto es, legitimando san-

tos litigiosos ó desacomodados, cambiándoles las circunstancias de su vida y aplicándoles inscripciones gentílicas más ó menos supuestas, todo ello apoyado en la fe de manuscritos que decia poseer, entre los que se contaba el de las obras de Aulo Halo, que afirmaba haber comprado, con otros viejos cartapacios, á un librero de Toledo; expediente adoptado un momento y desechado por Higuera¹.

¹ Siendo el *Martirologio* la obra que dió nombre á Tamayo de Salazar, y su principal depósito de ficciones, errores y mentiras, no pesará al lector oírle explicar los propósitos é ideas que presidieron á su composicion, y las fuentes en que bebía sus noticias. En 9 de Febrero de 1646 escribía á Uztarroz :

«El Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia, inquisidor general mi señor, deseó tener un Martirologio de los santos de España; cargó sobre mi corta capacidad obligacion tan dificultosa.....; al fin comencé á buscar santos en los martirologios propios y extraños, á descubrir manuscritos, á revolver historias..... apresuré tanto el desvelo, continué en el estudio y perseveré en la tarea, de forma que e dispuesto mi martirologio de todo el año de modo que casi no ay dia en todo él sin santo español ó extranjero que en España aya predicado, ó padecido martirio, ó gozado dignidad eclesiástica, ó cuyo cuerpo se venere en ella. Lo que comencé precepto se hizo necesidad y despues devocion.....»

En 10 de Agosto del mismo año :

«No me valgo de ninguno de los lugares que acreditan los fragmentos de Dextro, Athanasio, Caledonio, Luitprando y Juliano, porque muchos lo han hecho; pásolo y cítolos por seguros sin embarazarme en comprobar sus escritos como auténticos y ya recibidos, como hazemos de los demas autores que lo están, á quien no les buscamos el origen de donde se sacaron, ni les buscamos otra calificacion más que citarlos; porque, á mi ver, procurarles estos auxilios, es hazer sospechoso su crédito y afectar

Hé aquí lo que la musa épica de Tamayo canta en cuatrocientos cincuenta pretendidos versos: Dios envia á los santos para que como antorchas iluminen el mundo; Santiago fué la que iluminó á España; el poeta, obedeciendo el mandato del prelado toledano, va á contar su venida, y ruega al Espíritu, autor de los dones, le ayude en la empresa. Jesus ha resucitado y ascendido al cielo, y el almo Espíritu

su verificazion; achaque que de ordinario trae consigo la excusacion no pedida. Corran (si á vuestra merced le parece), ya sin bordon, caminen ya por el mundo sin esta muletilla, que edad tienen y fuerza para discurrir sin ayo y jugar sin ganso, como lo hazen tantos, que en esas bibliotecas y escritores coetáneos, franceses, germánicos, ánglicos y de otras naciones han visto la luz del día, sin más autoridad que la que le dió Sirmondo, Duchesne, y tantos como trae Auberto Mireo en su *Biblioteca*, que con dezir que se sacó de ésta ó aquella librería, pasan sin embargo, y se dejan tocar sin impedimento.....»

Y en 13 de Abril de 1652 :

«Cuando estuvo en esta córte el P. Fr. Gerónimo me dijo que queriéndose hazer no sé qué obra en la capilla de Nuestra Señora del pilar de esa ciudad, se avian hallado al pié del pilar adonde está la santa imágen mucha cantidad de conchas nacidas junto al mármol, y que aunque entonces no se habia reparado en ello, despues se habia reconocido el misterio para demonstracion de la venida de Santiago á España. Yo e referido esto á S. I., y aviéndolo comunicado con el Sr. D. Andres Bravo, que por entonces era inquisidor en esa ciudad, le a dicho que no a pasado tal cosa, ni en su tiempo sucedió; con que parece que el crédito de nuestro amigo el padre fray Gerónimo y el mio, en cuya fe lo referí, está padeciendo. Suplico á vuestra merced me haga merced de avisarme lo que en esto hubo.....»

Don Gregorio Mayans, en su informe al Consejo de Castilla

ha descendido el último día de sextil; la cohorte elegida se reúne en casa de Marco y sortean entre sí los reinos del mundo; á Santiago toca, por inspiración divina, España, pueblo que por recomendación de María atendió siempre el Padre con eficaz amor; y trayendo consigo discípulos ordenados de presbíteros, lectores, exorcistas y ostiarios, futuros preladados de la Iberia, desembarca en Cartagena, visita á Iliberis, donde vuelve á la vida al que había de ser primer pastor de Braga, recorre casi todas las ciudades y pone en ellas obispos. Encarga To-

sobre la *España primitiva* de Huerta (manuscrito), le juzga así: « Uno de los hombres más supersticiosos que ha tenido España fué Tamayo Salazar, que según dejó escrito don Nicolás Antonio en su *Biblioteca antigua*, fue de poca ó de ninguna fe; añadiendo que se avergonzaba cada vez que tomaba en las manos su *Martirologio*, lleno de ignorancia y de fábulas..... El Dr. Martín Vazquez Siruela, hombre sabio y modestísimo, llamó *mano y pluma asquerosa* á la de tal escritor, digno de ser abominado mientras aya nombre de España, por aver fingido actas de santos mártires y confesores, cartas y obras en nombre de santos y de varones insignes, y por aver intentado que se tuviesen por bienaventurados hombres que se sabe que están ardiendo en los infiernos. No me atrevo á proseguir ni á copiar, por el respeto que devo á V. A., el desprecio con que hablan de Tamayo Salazar los últimos continuadores de la grande obra de las *Actas de los Santos* », etc.

Entre los manuscritos de don Nicolás Antonio existe uno de cinco hojas en folio, letra muy metida, que titula: *Errores de don Juan Tamayo, autor del Martirologio de España, intolerables en gramática*; y se refiere á un tomo solo. La obra, por lo tanto, se recomienda así por la forma como por el fondo.

ledo á Elpidio, Barcino conoce á Etherio, Cartagena goza de Basilio, Eugenio fija su silla en Valencia, Agathon en Tarragona, Capiton en Luca Galleca, Palencia desea á Nestor, Asturica Graeca á Ephrem, y Julia Brigense reclama á Arcadio. El apóstol rompe ídolos, hace andar los paralíticos, devuelve la vida á los muertos, la voz á los mudos, abre los oídos á los que los tenían cerrados; pero todo en vano, no hay quien pise los umbrales de la iglesia, ni quien pida que toque su frente la onda del sagrado líquido de vida. Anuncia los bienes celestiales que se resumen en Cristo y explica teológicamente el misterio de la Trinidad; mas los iberos son duros de corazón, y sólo siete prosélitos se le allegan. Angustiado Jacobo, ora al Padre y á la Virgen, vertiendo dulces lágrimas y recordándoles que por su mandato ha venido á España, cuya descripción hace al relatar su viaje¹. Apenas hubo ha-

¹ Como muestra del estilo del poema y de la manera como entonces la devoción más ilustrada entendía que se debía hablar á la Virgen, copiamos esta deprecación :

En mater intacta hæc tuo sacro nomine visi
Oppida; nec labor improbus hiccine valet
Vincere ferocis tam subito pectora gentis,
Te satis ergo quidem cupiebam cernere; quis te
Cerneret? ;O Magnam! Non sunt mihi pectora, quæ se
Te capiant: mihi sat erit omnia volvere, quæ sis;
Quis decor in labiis, manibus quæ gratia, quis nam
Fronte color, quæ flamma genis, quæ flamma capillis,
Luminibus quot castramicant celestia, quanta est
Lux animi, qui mentis odor, quæ cætera; multis
Cespitat in labiis mens digne exterrita; cæcam

blado Jacobo, los elementos se conmueven, tiembla el cielo y se anublan sus luces, las cumbres de los vecinos montes arden, el Ebro detiene en remolino sus hirvientes ondas y el rayo surca sus riberas; los muros de Cesaraugusta se estremecen y el estelífero firmamento vacila. Ahuyentando las sombras, se aparece la Virgen acompañada de coros angélicos y apoyando las plantas en una columna; Jacobo la saluda con las advocaciones simbólicas del Eclesiastés, cedro del Líbano, palma de Cades, ciprés en el monte, oliva en los campos, plátano en las aguas, mirra, bálsamo; muéstrase sorprendido del favor que él y la nacion española reciben, única que la Virgen ha visitado en vida, y le ruega proteja á sus naturales. La Virgen le consuela, anunciándole que sus méritos van á hallar pronto recompensa en la corona del martirio, le tranquiliza sobre la futura conversion de los españoles, sus protegidos, que llevarán á cabo primero Pablo y despues Pedro, expónele la numerosa falange de mártires, doctores y vírgenes que ilustrará la Iglesia española, y se despide previniéndole le levante allí una casa. Desaparece la Virgen, y Santiago cuenta á sus discípulos la vision; coopera con sus propias manos á construir la capi-

*Pectus habet vocem, vox veri turbida. Ergo
Da mihi te Dominam nunc rogo mente videndam,
Ut de meo sacras hæc vox contingat ad aures
Ore, tuas: Mater eia tuo confove IACOBO.*

lla en que colocar la sagrada columna, y se embarca para la ciudad de los Isacides (Jesusalen), visitando de paso los galos y los britanos. Consumado el martirio, sus discípulos transportan su cuerpo á Iria Flavia. El poeta concluye ofreciendo la obra á su patrono el arzobispo don Bernardo, entretrejiendo con lisonjeras frases en su elogio modestas calificaciones de este fruto de su ingenio.

Tamayo de Salazar demostró que tenia la medida de la erudicion de su tiempo y que conocia hasta dónde podia plagiarse impunemente. El pequeño curso de geografia antigua de España, que pone en boca de Santiago al dar éste cuenta á la Virgen de su infructuosa peregrinacion, está literalmente copiado de la *Thalieristia* de Alvar Gomez, poeta del primer tercio del siglo xvi y de la buena escuela del renacimiento, que escribió en versos latinos un poema con aquel título, que tiene por objeto celebrar los misterios de la redencion. El descarado plagiarío no hizo más alteracion que intercalar la mencion de su patria Zalamea (*Julipa*), que él se habia empeñado en que fuera Ilipa, queriendo dejarla honrada con la visita del apóstol. Ninguna de las cualidades que hacen vivir las obras de imaginacion concurre en el supuesto *Poema de Aulo Halo*, digno de la indiferencia y del olvido en que pronto cayó, pues ni aún como libro piadoso pudo sostenerse, no siendo accesible por su latin intrincado sino á re-

ducido número de lectores. Su autor desconocía el estado de las letras en el siglo XII, y sus faltas gramaticales y prosódicas no son voluntarias, sino consecuencia de su ignorancia. Publicólo ilustrado con numerosas notas para explicar las expresiones ó corroborar las afirmaciones del poeta; en la geografía antigua no discute la situación de las localidades, ni su correspondencia con los nombres modernos, sino que expone las opiniones de los autores que él conoce, y deja al lector que elija. Antepúsole un prólogo, en que presenta en facsímile algunos renglones del códice, que dice examinaron Gil González Dávila, Pellicer y otros del cotarro turiferario de Ramirez de Prado, á quien, juntamente con don Juan de Solorzano, llama delicias de España; y añade que lo publica, sin esperar á hacerlo con el *Martirologio* como tenia pensado, por las excitaciones de amigos y eruditos, que le rogaban lo anticipase. Los aprobantes se felicitan de que ya enmudecerán los adversarios de la venida de Santiago, y Pellicer, que es uno de aquellos, llega á asegurar que este poema habria hecho mudar de dictámen á Baronio. Cómplices tales gentes, más ó menos involuntarios, de Tamayo, no penetraron, ó afectaron no penetrar, el verdadero objeto de su ficcion, que se dirigia, no, como ellos creian, á resolver la cuestion de la venida de Santiago (que en esto poco podia influir una pieza en verso del siglo XII), sino la de antigüedad

del Pilar sobre la Seo, y la existencia entonces, esto es, en el siglo de la conquista de Zaragoza, de la creencia de la ereccion del célebre santuario por mandato de la Virgen al apóstol; suceso que no entró en la leyenda de éste hasta mucho tiempo despues.

Á los apócrifos del ciclo de Román de la Higuera puso remate un libro extraordinario, no porque fuese nuevo en su género, que tiene filiacion bien conocida, sino por pertenecer al órden sobrenatural. No se trata, pues, de pergaminos hallados entre escombros, ni de láminas de metal soterradas, ni de códices sustraídos de antiguas bibliotecas ó envueltos en lotes de papeles viejos, comprados á un librero; sino de una revelacion directa de Dios. Fué objeto de este especial favor, de que en aquel siglo hubo en los claustros frecuentes ejemplos, María de Ágreda, religiosa en esta villa, que casi niña habia disuelto su familia, enviando á su padre y dos hermanos á vestir el hábito de san Francisco, y convirtiendo la casa en monasterio, de que fué fundadora con su madre y otra hermana. Vivió sometiendo su naturaleza enfermiza á extremadas y extrañas mortificaciones; el público era admitido, sin ella saberlo, al espectáculo de sus largos arrobamientos; durante los cuales le sucedian cosas inauditas, como era ser transportada á Nueva España, donde convertia y catequizaba muchedumbres de indios, segun atestiguaba su

confesor y confirmaban los frailes de su orden que de allá venian. Tiene por título el libro de María de Ágreda, *Mística ciudad de Dios*; y por asunto la vida de la Virgen; pero tan rico en detalles capitales, no sólo sobre la Virgen, sino sobre Cristo, los apóstoles y el establecimiento del cristianismo, que comparado á él el Evangelio, es un diminuto compendio. La autora preve y contesta las objeciones tan obvias de por qué la Virgen, teniendo intencion de dar á luz sus memorias, habia esperado á hacerlo al siglo xvii, y por qué el Evangelio, escrito por testigos que han visto y conocido la madre del Señor, han guardado silencio sobre esas particularidades. Peregrinas son algunas de las relativas á Santiago: san Pedro, al hacer entre los apóstoles la division de reinos, le señala el de España; Santiago desembarca en Cartagena y va á Granada, donde los judíos le matan uno de los doce discípulos que le acompañaban, y se preparan á hacer lo mismo con todos; mas, llegados al lugar de la ejecucion, se aparece la Virgen, suelta sus cadenas y caen en tierra sin sentido los verdugos; dales la Madre de Dios cien ángeles de los de su guarda para que les escolten en sus viajes; Santiago parte de Granada, dejando algunos discípulos de los que traia, «que despues padecieron allí martirio», y con los demas y otros que iba recibiendo, porque el fruto que hacia era inmenso, recorrió á España, sin olvidar á Tole-

do, y puso obispos en várias ciudades; estando en Zaragoza tornó á aparecérselle la Vírgen con innumerable séquito de jerarquías angélicas y celestial atuendo, para ordenarle le edificase en aquel lugar un templo y se volviese á Jerusalem; Santiago levanta la capilla del Pilar, déjala encomendada al obispo que allí habia puesto, se embarca en Cataluña, toca en Italia, visita á la Vírgen en Efeso y llega á Jerusalem, donde padece martirio, á cuyo trance asiste la Vírgen, transportada por ángeles, para recibir su alma é ir á presentarla ante el trono del Altísimo. María de Ágreda sabia perfectamente la diversidad de pareceres y versiones de los autores eclesiásticos sobre sucesos y personas de la primitiva Iglesia, y advierte: «Yo no tengo orden del Señor para satisfacer á todas estas y otras dudas ni componer estas controversias; antes desde el principio he declarado que su Majestad me ordenó y mandó escribir esta historia sin opiniones, ó para que no las hubiese con la noticia de la verdad.»

La prolijidad quita toda poesía á la obra de la religiosa iluminada. Los evangelios, en su discreta sublimidad, apenas nos dejan entrever el interior de la pobre vivienda del artesano de Nazareth, conservándonosla á bastante distancia, como para advertirnos que debemos mirarla como un santuario. La figura de la Vírgen no nos la dejan ver descubierta sino en los momentos más solemnes de la redencion,

al lado del pesebre y al pié de la cruz. Pero esto no satisfacía á los contemporáneos de María de Ágreda, ávidos de registrar con sus miradas los más recónditos rincones de aquel misterioso interior doméstico. Teólogos y poetas se lo habian descrito, pero no tan minuciosamente como se deseaba. Siempre que una generacion necesita un libro, acaba por obtenerlo; el que buscaba la del siglo xvii en España, lo obtuvo. La santa Virgen de la *Ciudad mística* no es la humilde María desposada con el artesano, ni es mujer ni madre, sino una reina llena de ciencia, una diosa en quien toda humanidad se ha disipado en la plenitud de la apoteosis.

María de Ágreda escribió su libro á la edad de treinta y seis años; un confesor accidental que tuvo, en una ausencia del suyo, se lo hizo quemar; nuevos mandatos divinos y de sus prelados la obligaron á escribirlo segunda vez, pero no se publicó hasta despues de su muerte. Encontró dificultades su impresion, no porque se la sospechase de impostura, que esto á nadie podia ocurrir, sino porque no faltó quien lo tuviera por ilusion ó, como entonces se decia, engaño del demonio; pero esta idea se desvaneció ante la ortodoxia de la doctrina, la pureza del sentimiento, la maestría y propiedad en el uso de los giros y términos de la teología escolástica. La extática de Ágreda transcribe cuanto ve y oye, como el desterrado de Pátmos, de quien era apasio-

nada; su estilo, en que sucesivamente se cree percibir acentos de hombre y de mujer, de ángel y de niño, es siempre digno, ora se bañe en los resplandores del empireo, nos dé á gustar las delicias del amor divino, ó descienda á fustigar varonil y despiadadamente los vicios del clero.

Juntas de teólogos, obispos y consejeros de Estado examinaron la *Ciudad mística*, y todos no tuvieron para ella sino elogios. El mismo rey Felipe IV, que sobrevivió algunos meses á la venerable María, de quien habia recibido copia del primer manuscrito, y con quien seguia tirada correspondencia sobre negocios de Estado desde que la conoció á su paso por Ágreda, camino de Zaragoza, se interesó tan vivamente como todas las clases en la publicacion: la nación española habia caído en éxtasis como sus ascetas. La orden franciscana, juzgándose poseedora de una santa Teresa, hizo suyo el libro. Publicado al fin, Roma le puso en el índice; penetrando en Francia, escandalizó á Bossuet¹. Pero el

¹ «Le seul dessein de ce livre porte sa condamnation. C'est une fille qui entreprend un journal de la vie de la sainte Vierge, où est celle de Notre Seigneur, et où elle ne se propose rien moins que d'expliquer, jour par jour et moment par moment, tout ce qu'ont fait et pensé le fils et la mère depuis l'instant de leur conception jusqu'à la fin de leur vie, ce que personne n'a jamais osé.....

» Tout est extraordinaire et prodigieux dans cette pretendue histoire. On croit ne rien dire de la sainte Vierge ou du fils de

águila de Meaux, aspirando al gran ideal cristiano, desdeñaba las vanas curiosidades, los vuelos de la fantasía en alas de la devoción, lo que le hacía incompetente en cuestiones de misticismo; él desconocía la condición fundamental de la crítica, que es saber comprender los estados diversos del espíritu humano. La Virgen era entonces un sér viviente, contemporáneo, actual; intervenía en la existencia de cada uno, era la madre y consejera universal, paño de lágrimas de todos los afligidos; no se la relegaba al último cielo, como se hace con los dioses en las edades incrédulas bajo pretexto de respeto; se vivía familiarmente con ella, se la confiaban pe-

Dieu, si l'on n'y trouve partout des prodiges dont on n'a jamais ouï parler et qui n'ont aucune conformité avec l'analogie de la foi..... On ne voit rien dans la manière dont parlent à chaque page, Dieu, la sainte Vierge et les anges, qui resente la majesté des paroles que l'Écriture leur attribue. Tout y est d'un fade et languissante longueur; et néanmoins cet ouvrage se fera lire par les esprits faibles comme un roman bien tissu, et ils en préféreront la lecture à celle de l'Évangile, parce qu'il contente la curiosité que l'Évangile veut, au contraire, amortir..... ce n'est ici que la vie de Notre Seigneur et de sa sainte Mère, changée en un roman, et un artifice du démon pour faire qu'on croie mieux connaître Jesus-Christ et sa sainte Mère par ce livre que par l'Évangile.» (BOSSUET, Remarques sur le livre intitulé *La mystique Cité de Dieu.*)

Refiriéndose á un capítulo, que no designamos por no suministrar pasto á curiosidades malsanas, dice: «Ce chapitre fait horreur et suffit seul pour faire interdire à jamais tout le livre aux âmes pudiques.»

sares y esperanzas, y no extrañaba sus apariciones aquella generacion de donantes de retablos, que se hacian pintar en ellos en actitud orante, confundidos con los padres de la Iglesia portadores de grandes misales, con los san Sebastianes castamente desnudos, con los san Jorges armados de punta en blanco, y con las vírgenes que se apoyan sobre la rueda de su suplicio ó sostienen sus senos amputados, que componian el cortejo de honor que rodeaba el trono de la Reina de los cielos y de la tierra.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VI.

La historia en España en los siglos XVI y XVII. — Ambrosio de Morales y Mariana. — Por qué no eran impugnados los falsos cronicones. — Lupian Zapata. — *Cronicón de Hauberto Hispalense*. — *Martirologio de san Gregorio Bético*. — *Episcopologios de las iglesias de España*. — *Wabalonso Merio*, continuador de Hauberto. — Fray Gregorio de Argaiz. — Los falsos cronicones comienzan á ser combatidos. — El doctor Juan de Aguas y fray Hermenegildo de San Pablo. — Don Nicolas Antonio. — El Marqués de Agrópoli. — Cuestion de san Hieroteo. — Pellicer de Ossau. — *Cronicón de don Servando*. — Fray Alonso Vazquez. — Roig y Yalpi. — *Cronicón de Liberato*. — Cuestion de la patria de san Lorenzo. — *Escritos de Donato Servitano*. — Publicase la *Bibliotheca Vetus* de don Nicolas Antonio.

LA historia política de la nacion, que hasta ahora ha aparecido en segundo término tras de la eclesiástica y religiosa, va á igualar á éstas en importancia en los futuros cronicones. Gracias á Annio de Viterbo, que tan viva luz habia derramado sobre nuestras edades primitivas, todo español podia leer en Florian de Ocampo la historia de su patria desde la creacion del mundo. Escribiendo Annio en la época de la constitucion de las grandes monarquías, ésta no podia ménos de ser la forma de gobierno de aquellas sociedades desconocidas, y hecha ya y acreditada así la historia, habia que aceptarla, pues ó se dejaba un inmenso vacío, ó se recurria á inventar nuevas fábulas, y fábulas por fábulas, más valian las ya re-

cibidas y arraigadas. Así Garibay tomó resueltamente su partido de seguir la corriente; Zurita, más serio y concienzudo, comenzó en la invasion sarracénica, y Ambrosio de Morales se felicitaba de que Ocampo le hubiese dejado la historia sacada á puerto de claridad. Morales es el verdadero padre de nuestra historia; él fué el primero á proclamar que habia que estudiarla en los monumentos originales, y uniendo el ejemplo al precepto, emprendió un viaje literario por iglesias y monasterios, como en el siglo pasado los jesuitas franceses Marténe y Durand, y á imitacion suya nuestro Villanueva; él se entregó á las más perseverantes investigaciones é hizo pedir relacion á todos los pueblos de la monarquía de cuanto podia interesar á la historia y á las costumbres. La crítica histórica toma bajo su pluma un vuelo inesperado. No es esto decir que en la crítica de los documentos se haya elevado á buscar en los textos, en el estilo, en las nociones que forman el horizonte intelectual del escritor, en las indicaciones que se le escapan, noticias sobre el autor, la época ó el fin de la obra; ni que, como los críticos alemanes de nuestros dias, interprete de tal modo un documento, que en él se halle la psicología de un alma, frecuentemente la de un siglo, algunas veces la de una raza; ni que en la crítica de los hechos se proponga por la comparacion de los datos, por el exámen de la verosimilitud y del contexto de las

relaciones, determinar el grado de confianza que éstas merecen, y separar en ellas la verdad de la ficción; pero se atreve á pesar el valor de los testimonios antiguos, á discutir su autenticidad, y sobre todo se adhiere á los textos, á las inscripciones, á los códices, á los monumentos, que publica, analiza y comenta. El pagar tributo á muchas de las preocupaciones dominantes, y el contemporizar por estado con otras, no le libró de que se le acusara de que trataba de desacreditar las historias; acusación fundada, aunque tal no era su objeto, y de que él se dolía y se esforzaba por justificarse. Todo esto necesita Morales para que se le perdone el afán con que procuraba que se raspasen los adornos é inscripciones de las aras y piedras tumulares que encontraba sirviendo de altares ó aplicadas á usos religiosos.

Por patriotismo tomó Mariana la pluma, que la ancianidad dejaba escapar de manos de Ambrosio de Morales. Mariana, en cualidades de historiador no inferior á ninguno, sagaz observador de las cosas y de los hombres, de sentido recto, versado en los negocios y poseyendo el fuego que engendra la elocuencia, maestro en el arte de retratar los personajes históricos con toque firme y sólido, y en el de narrar con frase sencilla, clara, precisa, fácil y con esa felicidad de expresión que constituye el sello de la originalidad, emprendió escribir la historia general

de España, primero en latin, para gente docta, y despues en castellano, para la vulgar. Aunque Mariana entendia que de diferente manera hay que escribir la historia para los doctos y para el vulgo, y así se propuso hacerlo, sistema que pudiera añadirse á los varios que se citan de escribir la historia, entre las versiones de la suya no hay la diferencia que tan opuestos fines lleva á suponer. Hace sus reservas, diciendo más de una vez como Quinto Curcio, «traslado más que creo»; deja adivinar al lector inteligente opiniones que no sería conveniente manifestar á las claras; admite la tradicion siempre que la encuentra establecida, hasta el punto de incomodarse con los que disputan la venida de Santiago porque alteraban la devocion del pueblo; rechaza unos cuantos reyes fabulosos y acepta los demas, y era concesion bastante á la crítica para lo que conllevaban los tiempos, en que no se toleraba historia que no arrancase por lo menos de Noé; trata con desprecio á Beroso, y se apoya en los cronicones de Dextro, Máximo, Luitprando y Julian Perez, si bien ordinariamente los cita como en descargo de responsabilidad. Ni podia hacer Mariana otra cosa. ¿Desecharia los cronicones? ¿se emboscaria en la enmarañada selva de nuestras crónicas, armado de segur y podadera? Triste destino habria tenido su obra; un grito de reprobacion la habria saludado, y nuevos disgustos, sobre los que ya le ocasionaba la

independencia de su carácter, habrían venido sobre él, aumentando el sentimiento de desvío con que le miraba su misma Compañía, para quien por aquella causa había venido á ser un socio molesto. Él había eludido informar sobre los plomos de Granada, probablemente por no ponerse en contradicción con sus consocios de aquella ciudad, que apoyaban al arzobispo y se plegaban al entusiasmo popular. Transigió, pues, con las ideas recibidas, y de esta transacción resultó la historia más nacional que tenga ninguna literatura, más española que es romana la de Tito Livio, la más verdadera que hasta ahora poseemos; verdadera, no en el sentido de exacta, sino en el de reproducción fiel de los sentimientos, de las pasiones, de las creencias, de los instintos, de los amores y de los odios que marcan enérgicamente en la historia del mundo la individualidad de nuestra nación; todo ello esmaltado de un estilo encantador que le asegura duración eterna, como á las momias egipcias las fajas embalsamadas que las envuelven.

Morales y Mariana fueron excepciones; se les olvidaba cuando no se les injuriaba; la historia siguió escribiéndose en la manera de Ocampo y Garibay. La vanidad nobiliaria de las familias pasó á las ciudades, y todas quisieron tener historia particular, porque sobre la general bastaban los conocimientos que suministraban los enchiridiones y repertorios de los tiempos, los valeros y mares de historias.

Pero, por más que se amplificaban, comentaban y torturaban los datos que se poseían, rara vez pasaban de la época romana, si es que allá llegaban, y las vanidades locales pidiendo noticias de mucha más remota antigüedad, nuevos falsarios se aprestaron á satisfacerlas.

No intimidaba ni retraía á los autores de nuevas invenciones la oposicion que se hacia á las puestas en circulacion. Esta oposicion era subterránea y no osaba salir á la superficie. De entre los prelados, solo don Fray Isidoro Aliaga, arzobispo de Valencia, se habia atrevido á decir que eran falsos los cronicones, y eso en carta particular al papa Gregorio XV; don Melchor de la Serna, canónigo de Sevilla, preparaba reservadamente una impugnacion, que no llegó á terminarse; los más osados navegaban entre dos aguas, esto es, dejaban asomar la duda, pero sin pronunciarse terminantemente en contra. Realmente la popularidad de los cronicones era incontrastable, y no se podia ir contra ellos sin exponerse á perjuicios, molestias y sinsabores¹.

¹ Para dar idea de hasta qué punto arredraba el impugnar los cronicones, vamos á producir algunos testimonios de escritores de la época:

«No habia de ser yo el que echasse mano de la pluma para emprender esta hazaña, porque los instrumentos flacos arriesgan el suceso de las grandes empresas. Otros muchos pudieron ofrecerse á este duelo, y algunos dellos tentaron sus fuerzas, y probaron los hombros (como aconseja Horacio) en su retiro, ha-

Francisco de Rioja, inquisidor, poeta meliflúo y filósofo, habia sido en su primera juventud partidario

ciendo todas aquellas prevenciones para él, que hombres cuerdos y celosos debieran. Pero desbaratólas algun mal genio ó espíritu que en favor de la mentira se introdujo á hacer en secreto su causa, representando á los que via mas resueltos y mejor instruidos, algunas razones de conveniencia propia, que les hizo abandonar la pública, ó al menos tratar este negocio con la lentitud que acostumbramos los ajenos ó los comunes. Habia se puesto de la parte de lo falso indiscretamente la piedad y el celo, y á su favor casi todo el pueblo de los que pretenden tener voto en semejantes resoluciones. Los que oyen y no juzgan seguian á los mas, y todos servian de número, y crecian voces y lenguas al aplauso. Ya estaba la mentira en lugar tan alto, que con mucha dificultad podia determinarse si era semblante nativo ó máscara superficial lo que mostraba. Fuerzas comunes, al parecer, no bastaban para subir allá á quitarla el velo con que tantos voluntariamente se vendaban los ojos. No fué mucho, pues, que el peligro de tan ardua empresa encogiese los ánimos de los que mas se habian empeñado en intentarla. Este recelo, ó fuesen otras causas, embarazaron las plumas que se habian dedicado, ó pudieran dedicarse, á batallar esta contienda..... Nació este parto monstruoso casi con el siglo que va corriendo; introdujose en los principios al crédito de algunos, sin passar al de la estampa. Despues que apareció en ella, son tantos los que le siguen y aprueban, que, al contrario, son señalados con el dedo, y aun notados de mal afectos los que no lo hacen. Oyense en las acciones mas graves y religiosas los nombres destes nuevos autores con la estimacion y aplauso que pudieran los de aquellos primeros Padres de la verdadera historia sagrada. Celébrase con ponderaciones exquisitas la felicidad de los tiempos que merecieron esta invencion, teniendo por estériles y infelices los que no la alcanzaron..... Nacen cada dia libros sin número de historias de ciudades, de iglesias, de religiones, de reinos, en que no se lee casi otra cosa que orígenes fabulosos, apóstoles y predicadores de la fe supuestos,

de ellos, y con su apoyo habia escrito en defensa de la Inmaculada; vino despues á la córte, ensanchó el

mártires traídos de tierras muy distantes, á ennoblecer falsamente la tierra que no tuvieron por madre; antigüedades mal inventadas ó ridículas; que si los limpiasen destas fábulas, quedarían ceñidos á muy pocas hojas. No ai lugar en España, por corto y obscuro que sea, que ya no piense en hacer propia historia con los materiales que halla en esta mina recién descubierta, y copiosísima, de extrañezas y novedades. Con el número de escritores y libros, que todos leen, y no todos con la reserva y juicio que devieran, se va esforzando deste modo el crédito de estos autores, que en pocos años podria parecer impiedad, y argüirse como tal, el contradecirlos.....» (D. NIC. ANTONIO, *Censura de historias fabulosas*, lib. I.)

«El padre Bollandó tiene bien reconocido, y á mí me lo ha escrito, que este autor (Dextro), y los demas que le acompañan, padecen mucha nota en su crédito, y siempre que se encuentra con estas novedades prodigiosas, ó por mejor decir, fabulosas, dice su parecer, aunque en sus *Prólogos* deja advertido que sobre quitar ó dar la fe á Dextro, que merece un escritor de tanto nombre y ancianidad, no quiere entrar en contienda con la nacion española; juzgando por los libros que ha visto nuestros, que no ai en España quien no se postre y hincó la rodilla á este ídolo falso. Yo procuré desengañarle de esta credulidad en una carta que le escribí el año pasado de 1657, y en su respuesta me confirmó ser el suyo este mismo sentir, que tiene insinuado en sus escritos.....» (*Id.* lib., IV.)

Tampoco debia querer entrar en contienda con la nacion española el tribunal de la Rota romana, á juzgar por los términos anodinos que empleaba sobre el crédito que merecia Dextro en una de las más solemnes decisiones á que dió lugar el famoso pleito que ante él seguian con perseverancia aragonesa el Pilar y la Seo:

«Quam quidem historiam et antiquissimam indubitatumque, apud hispanos traditionem latè prosequuntur gravissimi scripto-

trato de gentes y el horizonte de conocimientos, varió de dictámen é hizo todo lo posible por borrar

res, nempé quo ad mirificam ecclesiæ constructionem auctor chronici omnimodæ historiæ quæ a pluribus Flavio Lucio Dextro adscribitur anno Dom. 37.....

»Non obstat..... primò, quia dempta *Flavii Lucii Dexteri historia*, quam ementitiam esse contendit Gabriel. Pennot..... prout plures alii etiam dubitarunt: sublatoque M. Maximi epigrammate, quod ex sola Bivarii relatione deducitur: remanet *Petrus Antonius Beuter*.....

»Sed quicquid sit de *Dextri historia*, necnon M. Maximi epigrammate, quorum fidem suos apud auctores citra quodcumque approbationis, vel reprobationis iudicium Domini reliquerunt.....»

De la situacion difícil en que este estado de cosas colocaba á los hombres doctos que no admitian los cronicones cuando tenian que debatir alguna cuestion con ellos relacionada, se va á ver un ejemplo: Vazquez Siruela, aunque como canónigo del Sacromonte, ántes de ser racionero de la catedral de Sevilla, habia tenido que defender los libros plúmbeos, tenia sobre los cronicones la misma opinion que su íntimo amigo don Nicolas Antonio. Encargado por el cardenal arzobispo de su iglesia, á quien debia la racion que disfrutaba, de examinar los oficios que se habian compuesto para los santos que aquel arzobispado debia principalmente á los cronicones, no podia eludir hacerse cargo de éstos. Acrecia la dificultad el haberle precedido en tratar de este asunto de los rezados, el jesuita Quintanadueñas, sectario de los cronicones, y don Martin Anaya Maldonado, que les era contrario; arrojó que le habia traído hartos disgustos. Véase cómo Siruela creyó que habia acertado á salir de su empeño: «Hemos tocado el nombre de un autor (Dextro), que á cada paso hemos de encontrar en el discurso de estos apuntamientos; y porque de una vez traguemos el escrúpulo que algunos hacen de su testimonio, explicaré aqui la opinion que conmigo tiene, y las cautelas con que lo voy citando. Mucho han sudado varones doctísimos en abonar su crédito, que pues anda en manos de todos, excusado estoy de

hasta la memoria de la existencia de tal escrito, de que no tendríamos noticia sin la intemperancia de

repetillo. No es mi condicion trasladar discursos ajenos. Solo digo que sin hacer reparo en estos defensorios, no cesan de llover censuras en diferentes partes de Europa, Italia, Francia, Alemania, Sicilia, Inglaterra, juzgándolo unos por meramente fabuloso, y obra contrahecha de pocos años á esta parte; y los que con mas benignidad lo tratan por corrompidísimo, y que apenas retiene algun color ó linea del legítimo Flavio Dextro. A Pennoto y Radero, que contra él estrenaron las plumas, respondió Bivar, y despues han salido tantos mal afectos, que parece contagio que se pega de unos á otros..... Por lo sospechoso y acedo de estos juicios contra Flavio Dextro, se conocerá la fortuna que su crédito corre fuera de España; y aun dentro de ella no es tanta la severidad, que no tenga muchos contrarios públicos y encubiertos, quizá mas importunos y maliciosos que los extranjeros. Será, pues, cordura mientras su autoridad anduviere ansi fluctuando entre estas olas de sospechas y siniestros juicios, recatarse de su testimonio, y pudiendo excusallo, abstenerse de todo punto. No negaré que la mayor parte, ó sin bastante informacion, ó con precipicio se alargan mas de lo que conviene, pasando los limites de la modestia y de la equidad, contra quien pudiéramos oponer tanta y mayor copia de varones eruditísimos, ansi naturales destos reinos, como de otras naciones, que han dado el voto por Flavio Dextro. Mas este es de los casos en que la aprehension desacredita poco menos que la verdad, y los recelos producidos de una mala voz, como la espina que ha criado materia, siempre están latiendo en los ánimos. En Roma se experimentó, no ha muchos meses, quanto se ha hecho de lugar esta mala opinion de Fl. Dextro, pues hubo quien solicitase vivamente poner su nombre y libro en la cuenta de los apócrifos. Impidiose por cosa nunca oída, ni platicada con los autores de peor nota, desde la edad del papa Gelasio. Pero haberlo intentado, basta por indicio de la estimacion que hacen de él, y á qué predicamento lo reducen. Quisiera yo mucho por estas causas, aunque tengo de él di-

citadas de Tamayo de Várgas y sin el hallazgo de un borrador de memorial, á nombre de Rioja, exten-

ferente opinion, que estos officios de nuestros santos sevillanos en nada dependiesen de su autoridad, ó lo menos que fuese posible se arrimasen á ella.....» Toda esta diplomacia empleaba Vazquez Siruela para no desagradar á los partidarios de los cronicones, lo cual no debió conseguir, porque su libro no se imprimió.

Los temores de don Nicolas Antonio, de que habia de llegar dia en que se tendria por impiedad impugnar los cronicones, se vieron realizados más pronto tal vez de lo que él pensaba. El padre fray Jerónimo de San José, cronista general de los carmelitas descalzos, á quien ya conocemos por cierta noticia que dió á Tamayo de Salazar de unas conchas nacidas junto al Pilar de la Virgen, escribia á Uztarroz desde Huesca en 4 de Febrero de 1651, lo que sigue: «..... que bien hizo v. m. en no aprobar ese libro de la metropolitana contra el Pilar! ¡Donde las dos cosas mas gloriosas de España, que son la sacratissima capilla y Lucio Dextro nos las impugna. Cierto, señor, que potestad superior avia de poner en esto la mano y enfrenar tan apasionada temeridad..... Pues ¡qué mas puede hacer la invidia y emulacion de Francia y otras provincias enemigas contra España !.... no se como ai paciencia en los naturales aragoneses, y menos en los zaragozanos, para tolerarlo. Bien me parece á mi que el señor Virei tan pio y devoto de la Virgen, no consentirá tal..... Pero, señor mio, confiésolle que en parte me he holgado de ese acometimiento; porque abran los ojos esos señores del Pilar, y miren en qué manos y á qué nombre fian su historia y defensa. Y me he vañado (como dizen) en agua rosada, de lo que v. m. me escribe que fué quatro veces el P.^o del Pilar á ver á v. m. Sabrán aora á quien debian gran gear, i rogar mui de rodillas, etc.....»

Fray Juan de la Puente publicó en 1612 el primer tomo de los tres de que iba á constar su obra *La conveniencia de las dos monarquías*, y en él prometia decir en el siguiente lo que pensaba del Dextro. Juzgóle desfavorablemente, y la censura no autorizó la impresion del segundo tomo, quedando cortada la obra, pues

dido por ajena mano y rehecho por la suya, eliminando este mérito que se alegaba¹. Yo creo que el

Puente nunca quiso acceder á modificar su juicio sobre el tal cronicon, que era la condicion que le imponian para permitir que publicara el libro.

¹ De la obra de Rioja titulada *Ilephonso ó Tratado de la Concepcion* no ha quedado más noticia que la cita que de ella hace Tamayo de Vargas en las *Novedades antiguas*. Tanto fué el cuidado que puso el autor en que desapareciera. No obstante, he encontrado, encuadernadas al final de un ejemplar del *Memorial ajustado de los fundamentos incontrastables por la Inmaculada Concepcion de la Virgen María Señora Nuestra*, del padre Andres Mendo, rector de los jesuitas de Oviedo, opúsculo de veinte hojas en folio, impreso, segun las aprobacionse, en 1651, dos hojas manuscritas, con el siguiente epigrafe: *A la Junta de Madrid en el misterio de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora, Don Francisco (sic) de Rioja*; fragmentos sin duda de la obra perdida, que no deja sentir su desaparicion. Fruto no maduro de juventud temprana, disertacion ampulosa de escolar teólogo aprovechado. No llegando á lo historial del dogma, no se halla la alegacion de Dextro. Que Rioja varió de dictámen es indudable, pero su posicion, y demas razones que se indican en el texto y en la precedente nota, le impedian alistarse entre los enemigos declarados de los cronicones. Cuando no creyó comprometerse, porque lo decia bajo el velo del anónimo, bien explicitamente manifestó su parecer: «I Dextro, que apareció estos años atras, es tal, i sabia tan poco quien le fingió, que no le supo aliñar de manera que engañara; solo están de su parte los que no tienen por inconveniente que los lugares en que nacieron se onren con devaneos.» (*Aristarco, ó censura de la proclamacion católica de los catalanes.*) Tan desenfadado juicio no dejó de tener eco. En un tomo de manuscritos de la Biblioteca Nacional, en que hay reunidas copias de los cronicones de Dextro y Máximo, y de notas, escolios y defensas sobre ellos, de letra de Uztarroz, se contiene un trabajo que lleva por epigrafe: «Defensa de los escritos de Flavio Lucio

motivo que llevó á Rioja á renunciar el oficio de cronista fué no tener que pronunciarse en la cuestion de los cronicones, lo que ya era imposible en el que lo desempeñaba. No hubo otro que hiciera tanto: los que por su instruccion y autoridad podian combatirlos ocupaban posiciones que se guardaban bien de arriesgar. Á cierta edad la preocu-

Dextro y Marco Máximo, de autor anónimo»; y en el índice del tomo, tambien de letra de Uztarroz, se repite este encabezamiento, añadiendo: «Es del doctor Rodrigo Caro contra Rioja. Comunicomelo en Sevilla año de 1646.» En este escrito se lee lo siguiente: «Pudierase pasar la defensa de Dextro con lo que tantos varones de conocida erudicion y letras an escrito. Mas da ocasion á esta nueva defensa un tratado sin nombre de autor, que se disimula con el de *Aristarcho*, ó *censura*, el qual con gran resolucion condena por fingidos los escritos de Dextro y Máximo, comparándolos con el Beroso y orígenes de Caton, que publicó Juan Annio, i abiendo mas de mil y doscientos años que murió Dextro, no mas sino porque fué catalan, esgrime contra él el montante de su fatal censura, peleando con las sombras, i con imperio y decreto analítico quiere que nadie los crea, i esto sin mas razon ni causa que porque el lo dize: tanta es su arrogancia. Cierta persona que conoce al tal *Aristarcho*, aunque no me quiso decir quién era, hallándose en ocasion que se trató de Dextro, me refirió dos objeciones que manifestaba tener contra estos escritos de Dextro. La primera: *que se conoce ser fingidos, porque en la misma frente y titulo de la obra pone dos prenombrés á Dextro, que son Flavio y Lucio, cosa jamas usada entre los romanos.* La segunda: *que el Padre Tomas de Torralba i Jerónimo Roman de la Higuera lo abian fingido y publicadolo como escritos de Dextro no siendolo.* Lo mesmo dixo de Máximo, etc.» Explicar la enemiga del autor del *Aristarcho* contra los cronicones por la circunstancia de ser Dextro catalan, es idea sobremanera nueva y curiosa,

pacion de las necesidades de la vida extingue el entusiasmo; al culto de la idea sucede el culto del hecho; se encuentran razones para justificar las capitulaciones de conciencia, se comienza á creer en el derecho del más fuerte; el corazon se enfria, el alma baja: la edad madura prefiere demasiado los honores al honor, las dignidades á la dignidad. Por otra parte, las cuestiones no se presentan á los ojos de los contemporáneos con la misma claridad que á los de la posteridad; cuando se las mira de léjos y se las puede juzgar con entera libertad, es muy fácil pronunciarse, pero no es así cuando se vive en medio de los sucesos, cuando se tiene el espíritu prevenido por compromisos anteriores, ó cuando la resolucion que se va á tomar compromete la seguridad y la fortuna.

Abrió el nuevo ciclo de falsos cronicones un clérigo de Ibiza, llamado don Antonio de Nobis, nombre que cambió por el de Antonio de Lupian Zapata; hombre de exterior toscó, dado á investigar curiosidades, aficion que pudo ampliamente satisfacer durante el largo tiempo que tuvo á su cuidado el archivo de la metropolitana de Búrgos, del que salió con prohibicion de volver á entrar, y en sus largas residencias en monasterios de benedictinos, falsificador por inclinacion, Higuera de decadencia, como lo podia producir aquella edad de senilidad literaria. Escribió historias de Castilla y Cataluña, de